

XII Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación.

“Nuevos escenarios y lenguajes convergentes”

Escuela de Comunicación Social – Facultad de Ciencia Política y RRII - Rosario 2008.

Apellido y nombre: Naranjo, Cinthia Soledad

E-mail: cinthiasoledadnaranjo@gmail.com

Institución a la que pertenece: Facultad de Periodismo y Comunicación Social,
Universidad Nacional de La Plata

Área de interés: Teorías y metodologías de la investigación en comunicación.

Palabras claves: género – clase - identidad

Título: “DESPLAZAMIENTOS CATEGORIALES EN LOS ESTUDIOS SOBRE EL GÉNERO. DEL CONCEPTO DE CLASE A LA RELACIÓN CONCEPTUAL DE IDENTIDAD-IDENTIFICACIÓN”

Resumen:

En el presente trabajo trataré de explicar los desplazamientos categoriales que se han producido en los estudios de género en Argentina, desde la década del setenta hasta la actualidad. Este proceso se enmarca en un contexto de modificaciones en el campo intelectual.

En los setenta los trabajos de género se centraban en la opresión hacía la mujer, tanto en la violencia que ejercía el hombre sobre ella, como las estructuras del sistema capitalista y patriarcal (estrechamente relacionados). Para esto era necesario entrelazar el concepto de género con el de clase.

Con el advenimiento de la democracia los y las intelectuales de la temática de género comenzaron a ingresar a la academia. Hubo varias modificaciones, la más importante es como el género se entiende sólo como una cuestión identitaria, y todo lo que ese posicionamiento implica.

“DESPLAZAMIENTOS CATEGORIALES EN LOS ESTUDIOS SOBRE EL GÉNERO. DEL CONCEPTO DE CLASE A LA RELACIÓN CONCEPTUAL DE IDENTIDAD-IDENTIFICACIÓN”

INTRODUCCIÓN

Hay varias interpretaciones de lo que es el feminismo, una de las más concretas es el feminismo entendido como visualización de las diferencias entre el hombre y la mujer, en el plano económico, político, social y cultural.

Esta corriente no se mantiene inalterable en el tiempo, sino que se va transformando tanto en sus reivindicaciones como en la forma de su lucha. Esto se ha producido por razón del contexto social y político; y lo académico se ha modificado por su relación con la escena política y sus respectivos intereses.

No podemos pensar, con cierta ingenuidad, que lo científico está desligado de lo político o lo empresarial; esta relación se explicita en el funcionamiento de las Universidades – tanto privadas como públicas – y sus respectivos planes de estudios; así como también con la mercantilización de los centros de investigación, las editoriales, la circulación de revistas y periódicos y otros sectores para la propagación de teorías.

Se ha producido un desplazamiento conceptual de las investigaciones sobre género en Argentina, en donde los problemas que antes se analizaba mediante el concepto de clase hoy se resuelven con el concepto de identidad e identificación.

EL INGRESO DE LA MUJER EN EL CAMPO POLÍTICO Y ACADÉMICO

Como primer momento podemos reconocer a las investigadoras feministas de los años setenta. Tomamos este como primer momento, no porque no haya habido trabajos anteriores sino porque por primera vez los planteos de género adquieren fuerza en el país. Es lo que se denomina la “segunda ola” feminista. Las intelectuales de dicha época estaban influenciadas por el marxismo y sus escritos contenían una fuerte crítica al sistema social, cultural y económico.

Aunque el patriarcado no nació con el capitalismo, es necesario entender como el sistema de producción y la división del trabajo construyó el estereotipo de lo femenino en contraposición de las “virtudes” masculinas. Por esta razón, las feministas

marxistas sostenían que no se podía romper con la opresión de género sin romper con la opresión capitalista. Esta crítica apuntaba a la revolución y no a un reformismo.

Las luchas eran para conseguir la libertad de decisión sobre el propio cuerpo y para denunciar que no se podía lograr una sociedad más igualitaria si se mantenía la asimetría en las relaciones de género¹.

Las intelectuales de este momento eran comprometidas, en el sentido que Gramsci lo caracteriza; ya que las escritoras son también políticas, la teoría esta relacionada con la práctica política. El autor escribe que el rol del intelectual es sostener o modificar una concepción del mundo; en el caso del feminismo marxista es evidente que se trataba de un nuevo modo de pensar lo social, que era una lucha por modificar la concepción patriarcal del mundo, tanto en la denuncia como en la militancia política.

Estas mujeres formaban parte de la política activa de los setenta participando en los sindicatos, los espacios de base, los movimientos barriales, los partidos políticos y dicha participación reconfiguraba el espacio de la mujer en la política. Aún con ciertos cuestionamientos no se puede dejar de valorar el proceso de modificación del rol de la mujer en la política, que empezaba a producirse.

Lo académico estaba subordinado a lo político; las pensadoras estaban *comprometidas* con la realidad social. La influencia más fuerte del momento era Simone de Beauvoir y su obra más importante: *El segundo sexo*; leída como una especie de Biblia feminista, allí se marcan los planteos básicos y una fuerte crítica al marxismo ortodoxo.

Beauvoir realiza una historización de la mujer y de su rol en la sociedad, de cómo se construyó la imagen negativa de la misma y en referencia con el hombre (considerada como lo “Otro” y siempre en relación de subordinación con el Hombre); explicita la importancia de la familia en la reproducción social – y como la mujer forma parte del eslabón de dicho espacio; porque fue reducida al espacio privado, a lo domestico, a ser madre, esposa y ama de casa, dependiente de un hombre en todo momento.

Pero no representa a la mujer como una víctima simplemente de la opresión; sino que cuestiona su pasividad frente a la misma. Esto se ha dado por dos razones: las

¹ este último planteo había sido hecho por Simone de Beauvoir, en 1949, en el libro *El segundo sexo*.

mujeres “acomodadas” no cuestionan el sistema para no perder los pocos privilegios que tenían; mientras que las mujeres de la clase baja no estaban en condiciones de luchar – ya que eran trabajadoras precarizadas, con acción en lo urgente, en la urgencia de comer – se han dado casos de mujeres que cuestionan el patriarcado en la historia, pero sólo han sido hechos aislados.

Finalmente se refiere a los movimientos sufragistas de principio de siglo, que en un primer momento fueron pasivos pero luego toman fuerza por medio de la violencia en sus reclamos; sin embargo, la autora resalta que no han ganado sus derechos por ellas mismas sino que los hombres se los han cedido... repitiendo la lógica de subordinación.

También cuestiona el discurso de la biología y cómo dicha ciencia fundamenta – y naturaliza – el rol de la mujer en cuanto a la reproducción sexual. Así mismo, pone en crisis los discursos hegemónicos con respecto a la fragilidad del segundo sexo, la menstruación, la gestación, el parto, la contextura física y la capacidad intelectual; que son utilizados para justificar el sometimiento.

La escritora cuestiona al marxismo de la época, resalta que la igualdad social no va a conseguirse sólo suprimiendo las clases sociales², porque aún seguiría existiendo la opresión de género, la opresión del hombre hacía la mujer. Porque debajo del obrero peor pago está su mujer, quien sufre de una doble opresión: por su condición de clase y por su condición de género.

DESPLAZAMIENTOS CATEGORIALES

La caída del muro de Berlín, el desmoronamiento del comunismo ruso, el fracaso de la política marxista llevó a varios estudiosos a sentenciar el fin del marxismo y a “olvidarse” de aquella corriente teórica, incluso muchos marxistas cuasi-religiosos, hoy representantes del sistema y de sus instituciones.

En la Argentina la última dictadura militar modificó la situación político-académica por completo. Heriberto Murazo explica que después del '82 los movimientos políticos quedaron devastados:

² Hay que remarcar que esta postura divide la clase y el género como dos categorías; posteriormente habrá autores como Holloway que entiendan estos conceptos como dos expresiones diferentes de la misma opresión de la sociedad capitalista.

El estilo «tradicional» de hacer política -basado en una red de intermediarios barriales, de cuadros medios sindicales- estaba en crisis en tanto que el estilo «movimientista», basado en la permanente movilización de cuadros de clase media, preferentemente estudiantiles, resultaba inaccesible. La dictadura no sólo había logrado restringir al mínimo las actividades partidarias sino también dislocar las líneas de comunicación y los vínculos de lealtad hacia los partidos y sus líderes. Muchos de los hombres que en 1983 hubieran sido considerados los «candidatos naturales» o los militantes más destacados de los partidos populares habían desaparecido en los campos de concentración u obligados a exiliarse.

Al mismo tiempo, la palabra democracia tomo un nuevo significado, fue valorada – sobre valorada – y toda crítica se desprestigiaba como cuestionamiento de la democracia, un modelo bastante débil en el gobierno de Alfonsín. El estado de derecho fue incuestionable, tomado como verdad inobjetable.

Lo social fue sometido a lo cultural y el plano económico y material perdió peso. Esto no se trata de una decisión académica, sino de un posicionamiento político. Los estudios dejaron de cuestionar el capitalismo o la opresión de clase, sino que tendieron a la explicación y justificación de los modelos actuales de poder y de sus relaciones sociales.

Los/las intelectuales marxistas ortodoxos/as ofrecían soluciones nuevas a viejas preocupaciones; pero la temática de género – al no ser problematizada en profundidad con anterioridad- representaba una nueva preocupación. Foucault cuestiona esta corriente y propone la figura del intelectual específico, ya que el intelectual “de izquierda” se encontraba limitado por algunos aspectos:

Durante mucho tiempo, el intelectual llamado “de izquierdas” ha tomado la palabra y se ha visto reconocer el derecho de hablar en tanto que maestro de la verdad y de la justicia. [...] Ser intelectual, era ser un poco la conciencia de todos. [...] El intelectual por su condición moral, teórica y política, quiere ser portador de esta universalidad, pero en su forma consciente y elaborada.

Sin embargo, el/la intelectual deja de lado lo “universal” para trabajar en sectores específicos, puntos precisos en los que los situaban sus condiciones de trabajo

o sus condiciones de vida. Esto beneficia la profundidad y la cantidad de conocimiento que se obtiene sobre luchas particulares, en este caso, sobre las luchas de género.

Esto no significa que los/as intelectuales deban abandonar su función crítica, sino que una problemática particular pueda ser contextualizada en una dinámica macro-social. El ingreso de la problemática de género en las universidades argentinas significó la modificación del rol del intelectual, la pérdida de la función crítica y el desplazamiento categorial de clase a identidad-identificación.

ESTUDIOS DE GÉNERO

El nombre de estudios de género se considero una estrategia para poder ingresar al campo académico, en especial al ámbito universitario. Ya que el género –y el feminismo- como problemática siempre fue descalificada, incluso hasta en la actualidad, por un prejuicio y desconocimiento del tema. Pero no se trata del cambio de nombre como un “lavado de cara” sino que también implica modificaciones en el posicionamiento crítico y en la conceptualización del género.

Ingresar en el campo tuvo como ventajas el reconocimiento de la problemática, y el hecho mismo de poder ocupar el espacio; pero también implicó limitaciones sobre todo a la hora de una posición crítica del sistema en general o de entender la opresión de género dentro de una macro estructura social regida por la opresión; los estudios focalizan en los discursos, en las representaciones y no en la praxis. Hay que explicitar que dicen los discursos pero también ¿por qué lo dicen? ¿Qué modelo justifican? ¿De donde son contruidos? ¿Qué reproducen? En fin... ¿Qué hay de fondo detrás de ese discurso? Porque la simple descripción de lo que representa no basta.

El concepto de clase dejó de *existir* o fue reemplazado por la relación conceptual de identidad-identificación. El problema no es la noción en sí misma, sino como se la utiliza. María Luisa Femenias escribe que en América Latina, y por decantación en Argentina, hay situaciones de marginalidad que no son simplemente económica sino simbólico-identitaria³. Por eso la mera redistribución del capital económico –si bien es importante– es insuficiente.

³ Si nos planteamos el proceso de mestizaje que se produjo en la Argentina, que atraviesa el comienzo de nuestra historia, parecería un problema étnico; sin embargo podemos también encontrar la temática de género en el sentido que fue el “hombre blanco” quien devoró los cuerpos de las mujeres indígenas. En este ejemplo podemos observar como se entrelazan las categorías de género y etnia, que no deben aislarse en el momento de los análisis de cualquiera situación social.

Hay diferentes formas de entender el concepto de identidad; por un lado tenemos una posición esencialista que considera a la identidad como un ente estable, cerrado, como un conjunto de reglas en común; esta concepción hace hincapié en las características que se repiten en aquellos sujetos pertenecientes a esa identidad colectiva. “Esta concepción niega o reprime la diferencia, comprendida como la dimensión dinámica propia de los eventos, cambiante y plural”, explica Femenias.

Por otro lado, encontramos la posición procesual del concepto de identidad; aquí se insiste en la forma de relacionarse del grupo identitario con otros grupos, como es visto, como es representado, como afectan los discursos externos al colectivo identitario; no se trata de un conjunto de sujetos aislados sino en constante relación con otras identidades. Esta concepción observa la mutabilidad de las identidades por diversos procesos.

En el caso de la identidad de género, el concepto mismo es cuestionado por Judith Butler, que analiza como la presuposición de una identidad no ha funcionado como marco regulativo de las prácticas y como, al mismo tiempo, hubo prácticas regulatorias que sostuvieron la continuidad en el tiempo de dichas identidades sociales. Por eso, la identidad funciona como normativa para los sujetos. Dicho en otras palabras, se trata de que el sujeto debe “encontrar” una identidad, descripta o estereotipada antes que el sujeto y *hacerla propia*.

Judith Butler propone hablar de identificación⁴, plantea “cómo las prácticas sexuales no normativas cuestionan la estabilidad del género como categoría de análisis. ¿Cómo ciertas prácticas sexuales exigen la pregunta: qué es una mujer, qué es un hombre? Si el género ya no se entiende como algo que se consolida a través de la sexualidad normativa, entonces ¿hay una crisis de género?”.

El planteo remarca que al existir una heterosexualidad normativa, cuando se analiza la cuestión de género, se reafirma la heteronorma. Es decir, cuando hablamos de lesbianismo, bisexualidad u homosexualidad, nos paramos desde la heterosexualidad para definirlo, en oposición a esta misma y no como una construcción de características propias en si mismas.

⁴ Propone el concepto de identificación, poniendo en crisis el imaginario de identidad, en el libro *El género en disputa*, escrito en 1990, bajo la influencia del postestructuralismo estadounidense, un boom editorial que es considerado como uno de los textos fundadores de la teoría queer.

El problema de la identidad de género consiste en la necesidad de los sujetos de ser nombrados/as y diferenciados/as, pero este proceso lleva a la categorización y al estereotipo. Por ejemplo, una mujer lesbiana necesita diferenciarse de una mujer heterosexual para reivindicar –en el plano político- su condición y manifestar su opresión de género; pero es estereotipada por los demás e incluso por ella misma en el momento que intenta identificarse con el *sentido* de ser lesbiana, tanto en sus discursos como en sus prácticas. En este sentido, el texto remarca:

El empeño obstinado de este texto por “desnaturalizar” el género tiene su origen en el deseo intenso de contrarrestar la violencia normativa que conlleva las morfologías ideales del sexo, así como de eliminar las suposiciones dominantes acerca de la heterosexualidad natural o presunta que se basan en los discursos ordinarios y académicos sobre la sexualidad.

Como todo intelectual que necesita desemparentarse del paradigma anterior y construir uno nuevo, la escritora estadounidense realiza críticas a la teoría de Simone de Beauvoir, en otras palabras, al feminismo tradicional. La principal consiste en la división que realiza Beauvoir entre el sexo y el género; la dimensión sexual como condición de nacimiento, como una determinación biológica y el género como una construcción cultural de la sociedad. Butler objeta esta cuestión al poner en manifiesto que la biología es una ciencia del hombre, y aunque en la sociedad occidental funciona como un *régimen de verdad* no deja de ser un discurso cultural condicionado por intereses, prejuicios y relaciones de poder. No existe lo *natural*, los cuerpos están normados, contruidos culturalmente. Al respecto, Judith Butler plantea.

¿Ser mujer es un “hecho natural” o una actuación cultural? ¿Esa “naturalidad” se determina mediante actos performativos discursivamente restringidos que producen el cuerpo a través de las categorías de sexo y dentro de ellas?

La contribución que han realizado los estudios de género es la ampliación del concepto de género. Las feministas de los años setenta limitaban los problemas de género a los problemas de las mujeres oprimidas. Después de los noventa se comenzó a trabajar con mayor énfasis en temáticas como los gays, las transexuales, intersex, la

bisexualidad. La opresión no sólo fue de las mujeres, sino que también hubo varios trabajos que se ocuparon de cuestionar la masculinidad y la opresión (en menor medida que las mujeres) que los hombres sufrían, por el deber de cumplir con el estereotipo masculino.

Uno de los primeros en tratar esta tesis fue Pierre Bourdieu en *La dominación masculina* cuando analiza la dominación del estereotipo masculino en el estereotipo femenino, pero al mismo tiempo como ese estereotipo niega otro tipo de masculinidades, tanto en una dinámica simbólica como en prácticas de opresión concretas. No es un proceso subjetivo e inconsciente sino una construcción social de las instituciones en la formación del sujeto.

La masculinidad construida hegemónicamente se relaciona con la virilidad del hombre, sobre todo en relación a su práctica sexual y a su falocentrismo, esto tiene determinados derechos como también obligaciones:

El hombre es un ser que implica un deber ser, que se impone sobre el modo de lo que va de suyo, sin discusión: ser hombre, ese ser instalado de entrada en una posición que implica poderes y privilegios, pero también deberes y todas las obligaciones inscriptas en la masculinidad como nobleza.

De esta forma, Bourdieu descarta la hipótesis de la dominación del hombre a la mujer, y plantea la opresión de la masculinidad hegemónica hacia lo femenino y hacia otro tipo de masculinidades; la normatización y ese deber ser del hombre conlleva la marginación a aquellos hombres que representen otro tipo de masculinidad, en especial los que rompen con la norma heterosexual.⁵

Aunque este aporte sumó mucho a las cuestiones de género, no se pueden entender estas problemáticas sin entrelazar el género como una opresión más de clase; a la marginación sexual como una forma más de marginación social. El problema no es tomar la problemática de género desde el concepto de identidad-identificación, sino el hecho de que *sólo* sea analizada desde lo discursivo.

⁵ Hay varios intelectuales argentinos que problematizan sobre esta cuestión, aunque de diferentes posicionamientos. Es el caso de Eduardo Archetti que analiza el estereotipo masculino montado por el fútbol o varios estudios que se han dedicado a indagar sobre la discriminación de la homosexualidad en Buenos Aires o los gays porteños en la última dictadura militar.

Hay otras corrientes que resignifican el concepto de clase, es el caso del Open Marxism (Marxismo abierto). La clase no debe ser entendida como un grupo de personas sino como un tipo de lucha, como un polo de antagonismo social. Queda anulada la división jerárquica entre luchas clasistas y no clasistas, sino que toda lucha es clasista.

En el caso de la lucha de género se trata, por un lado, de una lucha por una sociedad radicalmente distinta (y no de derechos particulares de cada grupo) y, por otro lado, el concepto remite a lo que hacemos y de esta forma se señala la capacidad de cambiar al mundo. Opuesto, entonces, al concepto de identidad que sólo remite a lo que somos, interpretados como sujetos pasivos - aunque no se trate del concepto de identidad, sino de la postura que se toma en mayor medida en relación al concepto; la identidad también incluye prácticas.

Esta corriente cuestiona el concepto de identidad por el hecho de que remite a las diferencias en una sociedad y pierde de vista la totalidad, para de esta forma se atenúa los problemas y las contradicciones del sistema.

El capitalismo modificó las relaciones sociales y fortaleció el patriarcado; un verdadero cambio no puede darse si no se modifican todo tipo de opresión de clase. El error del marxismo tradicional fue creer que la opresión sólo consistía en un factor económico y se olvidó de las mujeres y la diversidad sexual; los movimientos de izquierda luchaban por la justicia social, por la desaparición de la marginación social – de clases- pero seguían reproduciendo la marginación sexual y la jerarquización del binomio hombre-mujer. En la actualidad hay movimientos de izquierda que siguen reproduciendo la opresión de género mientras otros se encuentran en un progresivo cambio en la estructura interna de los movimientos, tanto en sus prácticas como en sus discursos.

El error de los movimientos GLBTTI en la actualidad es creer que con simples modificaciones legales van a modificar de fondo las relaciones de opresión. Esto mismo ha sido cuestionado por los grupos queer, que bajo la influencia de la teoría resignifican los discursos, las prácticas tanto en el ámbito social como en la militancia política.

La comunidad GLBTTI no puede ser analizada sólo por una construcción de identidades; es necesario cuestionar por qué determinadas identificaciones se anclan en la marginación, en la invisibilización o pasan a ser absorbidas por el consumo capitalista. Es importante cuestionar los estereotipos, desnaturalizarlos y no

simplemente exponerlos. No sirve de nada, por ejemplo, hacer un análisis sobre los discursos transfóbicos sin tener en cuenta también las prácticas, el ingreso en el sistema de producción, que justifican y fundamentan esos discursos y como esos discursos repercuten en la formación de la comunidad trans.

PODER Y LIMITACIONES DE LA CRÍTICA

En la actualidad hay programas específicos, áreas de estudios o comisiones de trabajo con perspectiva de género.⁶ Pero esta institucionalización del campo, el ingreso a las universidades ¿ha burocratizado el campo específico? ¿Cómo se ha modificado el rol del intelectual? ¿Qué tipo de tensiones y condiciones de trabajo existen en el campo? Los/as investigadores/as han cambiado como producto del ingreso al sistema académico.

En algunos casos los investigadores deben modificar el título de su trabajo para que se apruebe el proyecto de investigación o trabajan con proyectos aislados porque la Universidad no abre un espacio de investigación a pesar de la cantidad de trabajos de género, esto se debe a la ignorancia o prejuicios de las autoridades sobre la problemática de género. La palabra género o feminismo a veces parece una “mala palabra”, sinónimo de una postura reaccionaria o de malinterpretaciones hacia el movimiento político.

Cabe aclarar que lo académico sigue relacionado con lo político, pero las condiciones de lucha de estos movimientos han cambiado. Aunque aumento en cantidad los reclamos, en especial de las mal llamadas “minorías sexuales”, es muy diferente al posicionamiento político de los setenta. Es evidente que la última dictadura militar modificó el accionar de todos los movimientos sociales.

Las feministas o militantes de género no buscan revoluciones sociales sino reformismos legislativos -a excepción del contenido político del movimiento queer, que

⁶ Algunas de ellas son la Universidad de Buenos Aires: Área de Estudios de Relaciones de Género e Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género; Universidad Nacional de La Plata: Centro Interdisciplinario de Investigaciones de Género; Universidad Nacional de Catamarca: Programa Interdisciplinario de Estudios de Género; Universidad Nacional de Luján: Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer; Universidad Nacional de San Juan: Programa de Desarrollo de Estudios de la Mujer; Universidad Nacional de Tucumán: Centro de Estudios Históricos Interdisciplinarios sobre las Mujeres; Universidad Nacional de Salta: Comisión de la Mujer; Universidad Nacional de Rosario: Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre las Mujeres; Universidad Nacional de La Pampa: Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer; Universidad Nacional de La Matanza: Área de Investigaciones sobre la Mujer; Universidad Nacional de Entre Ríos: Proyecto Mujer; Universidad Nacional de Córdoba: Programa Interdisciplinario de Estudios de Mujer y Género; Universidad Nacional de Comahue: Centro de Estudios Interdisciplinario de Género.

representan una minoría frente al resto de la militancia del tema. La lucha más importante, en este momento, es la legalización del aborto y la mayoría de las corrientes intentan conseguirlo con la ayuda del gobierno.

Por un lado, los movimientos GLBTTI buscan el reconocimiento social como una cuestión abstracta y simbólica y se aglutinan tras el amparo del gobierno nacional; la mayoría de los/as representantes políticos/as trabajan en el INADI. Bajo esta lógica... ¿Cuan críticos al sistema pueden ser? Ya no se busca modificar el sistema, sino ser incluidos. Pensemos, por ejemplo, en la lucha por el matrimonio entre dos personas del mismo sexo o por el derecho a que una pareja del mismo sexo pueda adoptar un/a menor.

Estas luchas no se unifican a otras; hay una fragmentación de las luchas, no hay una unión entre los diferentes movimientos sociales. No hay planteos fuertes al sistema social sino que se trata de soluciones específicas y a corto plazo.

Por otro lado, el mercado – en su lógica hacía todo lo que parece ponerlo en crisis – ha absorbido el sentido crítico del movimiento. La sexualidad ya no se trata de actos prohibidos que se realizaban en teteras⁷ (baños públicos en donde los hombres se relacionaban sexualmente de forma clandestina) sino de bares gays visiblemente ante los ojos de los demás.

Es cierto que ha habido una apertura del closet, que lo que antes era privado y clandestino hoy sale a la calle a reclamar y a visibilizarse. Pero ¿Cuánto ayuda y cuanto perjuicio a los movimientos GLBTTI? Salir a la calle también significó la mercantilización de su lucha; el consumo de determinados clichés y objetos relacionados a lo no-heterosexual y la estereotipación de las generaciones nuevas - y las que vendrán- por ser visiblemente distintos a partir de determinado consumo.

Ingresar en el sistema constituyó la identificación a una bandera de colores, a todo tipo de objeto que tenga esos colores, como una forma de decir a los demás “acá estoy” y como si ello fuera la lucha, la única lucha que este movimiento debería emprender. Y el sistema por momentos parece aceptarlos, por otros parece utilizarlos. Son visibilizados en los medios de comunicación pero son ridiculizados, banalizados, encasillados y estereotipado.

⁷ Un libro que se explaya con la descripción y el análisis de las *teteras* es *Fiestas, baños y exilios*, de Flavio Rapisardi y Alejandro Modarelli, publicado en 2001.

El mercado y los bares los esperan, para volver a encerrarse en otro clóset, en uno diferente. Metidos en guettos, escuchando música de los ochenta y Madonna, como una obligación de ser.

BIBLIOGRAFÍA

- BEAUVOIR, SIMONE de, *El segundo sexo*, editorial Cátedra, Madrid, 2005.
- BOURDIEU, PIERRE, campo de poder, campo intelectual, editorial Quadatra, Bs. As, 2003.
- BOURDIEU, PIERRE, *La dominación masculina*, 2000, Editorial Anagrama, Bs. As.
- BUTLER, JUDIT, *El género en disputa*, 1990, Editorial Paidós, Barcelona.
- FEMENIAS, MARIA LUISA (compiladora), *Feminismos, de Paris a La Plata*, 2006, Editorial Catálogos, La Plata.
- FOUCAULT, MICHEL, *La verdad y las formas jurídicas*, Editorial Gedisa, Bs. As, 1973.
- FOUCAULT, MICHEL, *Microfísica del poder*, Editorial La Piqueta, Bs. As.
- GRAMSCI, ANTONIO, *La formación de los intelectuales*, 1972, Editorial Nueva visión, Bs. As.
- HOLLOWAY, JOHN (compilador), *Clase = lucha, antagonismo*, 2004, Ediciones Herramienta, Bs. As.
- MELHUUS, MARIT y STOLEN, KRISTI ANNE (compiladoras), *Machos, putas, santas*, 2008, Editorial A, México.
- MURARO, HERIBERTO, *La publicidad política (y la política de la publicidad) en la Argentina*.
- RAPISARDI, FLAVIO Y MODARELLI, ALEJANDRO, *Fiestas, baños y exilios*, 2001, Editorial Sudamericana, Bs. As.